

Anmenita

Saúl Piemontesi



SAÚL PIEMONTESI

Anmenita

Capítulo 1

Anmenita

1

Con la poca fuerza que le quedaba se arrastró desesperada surcando la tierra húmeda con las uñas lastimadas y sintiendo su cuerpo entero arder. Notó las ampollas verdes en su piel, cada vez más extensas y dolorosas, y la sangre corriendo por sus brazos y piernas. Tenía la puerta del invernadero a un par de metros pero avanzar le costaba más a cada segundo. Por momentos se convencía de que nunca podría salir y que era mejor dejarse llevar pero terminaba insistiendo en contrario. Su vista estaba nublada por el llanto y el pecho parecía contraerse ante cada inhalación. Y lo peor es que podía sentirla, sí, podía sentirla viniendo por ella con calma y astucia, como un gato acechando al ratón, juguetón y mortal al mismo tiempo. Se estaba burlando de ella, claro que sí, la estaba haciendo sufrir. Oía el follaje estremecerse y la tierra parecía enviarle mensajes de terror a su cerebro enloquecido. La noche era fría pero con luna, un disco amarillo enfermizo que parecía apuntar un dedo de luz acusador hacia ella. *Maldita luna. Maldita seas.*

Era joven y amaba la vida. Ese simple pensamiento le dio fuerzas para seguir avanzando hasta que tuvo el vidrio frente a ella. Apoyó una mano y empujó tan fuerte como pudo, pero la puerta no cedió ni un centímetro. Intentó una vez más, esta vez con ambas manos, esforzándose casi al punto del desmayo, con tendones verdes surcando su cuello y manos temblorosas e inútiles. Vio que una raíz cruzaba la puerta de lado a lado, una raíz que se había levantado de la tierra sólo para detener su paso, estaba segura.

Ya casi no sentía las piernas. La derecha estaba desgarrada de la rodilla para abajo y la izquierda tenía rotos todos los huesos. El dolor era tan increíble y tremendo que la había mantenido despierta y agonizante. Y la sentía venir, escabulléndose entre las plantas, disfrazándose de flores, escondiéndose entre las hojas, jugando con ella como un gato con un ratón.

2

Cuando la vio esplendorosa, elegante, magnífica entre las demás plantas, Isabel detuvo su marcha de inmediato. El mercado estaba atestado y una mujer que venía detrás no pudo evitar chocarla con su cesta de las compras, pero a Isabel pareció no molestarle. Estaba realmente maravillada por la visión de esa majestuosa flor sobre el tallo curvo,

elevado y brillante bajo el sol de enero y no le prestaba atención a nada más. Estaba rodeada por plantas de todo tipo: enredaderas que tocaban el suelo y reptaban por el empedrado, ramilletes de minúsculas flores blancas, lilas y rojas que se mezclaban alegremente, hermosas rosas y margaritas, lavandas y crisantemos, violetas y caléndulas, helechos, crotones y calateas. Tenía suficiente conocimiento como para saber que en ninguna parte de mundo podría encontrar tal variedad junta en su estado natural pero no el necesario para nombrar cada planta que veía. Volvió a avanzar sin quitarle la vista de encima y molesta por la cantidad de gente que la obligaba a caminar despacio ¿Qué tal si alguien llegaba antes que ella? El bullicio del mercado por la mañana parecía haber amainado de repente y mientras se acercaba al puesto de plantas el corazón le iba marcando un ritmo mucho más veloz que el de sus pies. Por fin estuvo a un paso de esa belleza y pudo apreciarla con mayor cuidado: la maceta estaba sobre un tablón que le llegaba apenas un poco más arriba de las rodillas, pero el tallo era tan alto que tenía a la flor frente a sus ojos. En verdad era sólo un capullo blanco, pero tan grande como una de sus manos. Dos hojas verdes manchadas de pequeños puntos blancos y amarillos nacían en la base del tallo y se apoyaban sobre la tierra fresca. Isabel sonrió ante la vista de esa curiosa flor de dos hojas. ¿Cómo serían sus pétalos abiertos? Oh, seguramente preciosos. Bien, lo averiguaría. Sin dudas que sería una buena inversión. Acercó una mano hacia el tallo y una voz la sorprendió desde detrás de un conjunto de Aves del Paraíso que se alineaban como soldados en la retaguardia.

-Cuidado con esa-le dijo.

-¿Qué? ¿Por qué? ¿Muerde?-respondió, entre extrañada y divertida.

-Algo así. Es una flor carnívora, come moscas, pero de día está siempre cerrada, no te preocupes por eso. Te pido que tengas cuidado por ella, no por vos. Esa flor se encariña mucho con la gente.

La respuesta vino de una mujer de aspecto agradable que le sonreía al hablar. Tendría unos cincuenta años y vestía con sencillez. Se cubría del sol con un sombrero de paja y en sus manos enguantadas sostenía una pala de jardinería y algunas hojas muertas.

-Ah, eso no es problema, porque a mí me pasa lo mismo con ellas. ¿Qué flor es? No la conozco.

-A veces se la conoce como Portia Camuflada, pero en realidad es una Anmenita, una de las flores más bellas que existen, sin duda. Tendrías que verla de noche, cuando se abre. Tiene tres hileras de pétalos y cada una de diferente color. Ésta que ves acá es una planta joven, pero llega a hacerse mucho más grande si se la cuida. A mí me llegó hace poco y me da pena reconocer que no tengo tiempo para darle la atención que

necesita.

-Yo puedo cuidarla, me la llaveo. No me importa el precio, me encanta.

-Qué bueno, pero no puedo dártela así nomás. Como te digo, es una flor que se encariña con la gente, de verdad, y ella te tiene que elegir a vos. Fijate que en dos meses que ha estado conmigo no ha crecido nada. Debe ser que no le caigo bien.

- Bueno, podría probar yo entonces.

- No sé... vamos a intentar algo. Es una planta que duerme de día, pero tiene siempre sus sentidos bien alertas-la mujer acompañó la frase con un gesto cómico abriendo los ojos bien grandes y poniéndose las manos como pantallas detrás de las orejas- Intentá estimularla. Si te responde, es tuya.

-Bueno, a ver...

Isabel acarició suavemente el tallo verde con el dorso de la mano. Al tacto era suave y podían notarse miles de minúsculos filamentos. Movi6 su mano hacia arriba y hacia abajo y susurr6 unas palabras. La planta pareció reaccionar y como despertando de un sueño profundo movió su capullo muy lentamente hacia el rostro de la muchacha mientras su tallo se doblaba devolviendo las caricias recibidas. Isabel se sorprendió pero siguió con el cortejo para ver en qué terminaba todo.

-Bueno, parece que le gustaste. Podés llevártela. Definitivamente es la flor para vos-el tono dulce y apacible de la mujer que atendía el puesto parecía forzado y su voz entrecortada, pero Isabel no lo notó, maravillada como estaba con su nueva amiga.

-Decime cuánto te debo.

-Nada. Como te dije, la planta te elige a vos. No te puedo cobrar.

-¿De verdad? Bueno, me parece demasiado generoso. Voy a volver el sábado que viene a contarte cómo va todo y te voy a hacer un regalo en agradecimiento.

-Oh, por favor, no es necesario. Eso sí, prestá atención a las recomendaciones que te voy a hacer. Cuando la trasplantes asegurate de no enterrarla muy profundo, porque necesita las raíces cerca de la superficie. Dale agua una vez por semana nomás, y poca. Tenela en un lugar abierto pero rodeada de otras plantas y por último, y esto es lo más importante -la voz de la mujer cambió súbitamente y la tensión quedó reflejada en cada sonido- *no le des de comer*. Ella caza de noche, se alimenta de la sangre de los insectos y se procura todo lo que necesita. Es

una flor muy sencilla de mantener pero también requiere tque le des de tu tiempo, revises sus hojas y tallo, la mantengas libre de plagas, le hables un poco... pero no dejes de hacer lo que te digo. ¿Me entendiste bien?

-Perfectamente. Muchas gracias. ¿Me la llevo, nomás?

-Claro, es tuya. Esta noche, cuando se abra, vas a ver qué bonita que es. Y si tenés suficiente paciencia vas a poder verla cazar, pero te puede llevar horas de espera, incluso días. La Portia es una flor muy paciente.

-O la puedo grabar ¿No? Tengo una linda cámara que puedo dejar toda la noche si quiero.

-Pero no sería lo mismo, ¿Cierto? Bueno, vos sabrás. Cuidate mucho.

-¿Que me cuide?

-iNo, cuidala quise decir!

-Ah, por supuesto. Gracias de nuevo.

-Perdón, yo me llamo Denise. ¿Tu nombre...?

-Isabel.

-Un gusto, Isabel. Y recordá por favor: *no la alimentes*- de repente la mujer parecía hablar con una seriedad que rozaba el ridículo- es cuestión de vida o muerte.

-Tranquila, yo me encargo.

3

Isabel tenía un gusto particular por las plantas y se preocupaba por aprender sobre ellas tanto como tiempo tuviera para hacerlo, que nunca era el suficiente. Había heredado esa pasión de su madre y la había desarrollado y aplicado a tal punto que había invertido mucho tiempo y dinero en construir un hermoso invernadero en el gran terreno de la casa que heredara de sus padres hacía ya quince años. Era un galpón de vidrio con cinco hileras de pantas y arbustos perfectamente mantenidos y de todos los tamaños, caminos de tierra apisonada y un sistema modesto pero eficaz de riego por aspersión que ella misma se había encargado de instalar. Ese lugar era su santuario. Podía pasar fines de semana enteros removiendo tierra de macetas, recortando ramas débiles, trasplantando o buscando insectos dañinos u hojas enfermas. A veces solamente paseaba y parecía maravillarse cada vez que nacía una flor o descubría un brote nuevo. Hacía poco que había debido trasplantar un rosal y había quedado un espacio vacío hacia el fondo del invernadero. Allí colocó Isabel a su

Anmenita. Estaba realmente emocionada. ¿Una flor de tres hileras de pétalos de diferente color? Estaba segura de no haber escuchado jamás sobre nada parecido pero a fin de cuentas su conocimiento, lo sabía, distaba mucho de ser amplio y la variedad de plantas y flores del mundo era tan grande que los mismos especialistas en la materia reconocían que jamás se lograrían clasificar todas las especies. Pero ahora le tocaba disfrutar a ella de algo nuevo y eso la ponía de muy buen humor.

Siguió las instrucciones de Denise y colocó a la Anmenita en un hoyo pequeño y poco profundo. Cuando la vio segura la regó en la base y acarició sus dos hojas, su tallo y su capullo.

-Bueno, linda, ahora te voy a ver crecer. Espero que te lleves bien con tus nuevas amigas-le habló con real ternura-Me dijeron que vos comés de noche, pero a mí me dio hambre y es hora de almorzar, así que te dejo.

Era sábado e Isabel tenía trabajo pendiente de la oficina, así que luego de almorzar y de recostarse un par de horas se obligó a no ir hacia el invernadero para no dejarse distraer. Tendría todo el domingo para cuidar de sus plantas y de todas formas daría una vuelta más tarde por allí, pero ahora era el momento de ocuparse de otros asuntos. Se ubicó en el estudio junto a una ventana que le daba una visión del patio y de la entrada al invernadero, encendió su computadora y pasó algunas horas trabajando. Comenzaba a esconderse el sol cuando terminó con todo. Se dedicó un poco a la limpieza pero cuando ya no hubo luz natural fue a observar su Anmenita. Si Denise había sido correcta en lo que le había comentado, el capullo se habría abierto y podría ver la flor en todo su esplendor.

Nada la había preparado para el espectáculo que tenía frente a sus ojos. La Anmenita era increíblemente hermosa. Alrededor de un botón plateado crecían pétalos de un color azul brillante que no había visto jamás. El azul parecía fundirse muy lentamente con el rosa de la siguiente hilera de pétalos y estos, a su vez, estallaban en un naranja furioso. Finísimos filamentos color plata nacían desde el centro y surcaban la flor en diferentes direcciones como un entramado de ramas o una intrincada tela de araña. Era sin dudarla la flor perfecta.

¿Cómo te alimentas? Pensó Isabel. No veía pinzas ni pelos que pudieran atrapar a sus víctimas. A primera vista era una planta inofensiva. *Ésa es la idea, ¿Cierto?* Volvió a pensar. Por supuesto, tendría que observarla para aprender. Claro que podría buscar información en internet y quitarse la duda en segundos, pero ¿Qué gracia había en eso? Se sentía descansada y con mucha energía, así que dedicaría unas horas a recorrer el jardín interno intentando estar siempre alerta a su nueva huésped.

Nada pasó esa noche, la siguiente o la siguiente a ésa. Le había dedicado tiempo a vigilar pero no había logrado descubrir nada. Incluso la

mañana del lunes se había despertado alrededor de las tres de la mañana y había decidido visitar el invernadero, pero se había vuelto a acostar una hora después sin resultados. Esperó una semana y no tuvo suerte; la feria del mercado volvería a abrir ese sábado, así que el viernes por la noche se decidió a tomar todo el tiempo que fuera necesario para observar a su planta cazar y luego visitar a Denise para contarle lo que hubiera visto. Esa tarde volvió de su trabajo, tomó una ducha, se acostó y durmió una corta siesta para estar descansada. Llevó la silla más cómoda de su casa al invernadero, un libro y una botella de agua, se ubicó a algunos pasos de la Anmenita y se puso a esperar.

Era cerca de la una de la mañana cuando su paciencia tuvo recompensa. Notó que la Anmenita goteaba a intervalos regulares y muy espaciados una sustancia viscosa y casi transparente. Se levantó, dejó el libro sobre la silla y se acercó un paso. Los filamentos plateados parecían estar hinchados y eran ellos los que secretaban ese líquido espeso que, al acumularse, caía al suelo. El proceso era muy lento. Entre gota y gota pasaban cerca de quince minutos. Esperó una hora y media hasta que una mosca se posó sobre uno de los pétalos. Isabel no quería acercarse y la poca luz de la luna, sumada a sus ojos cansados por la lectura, no era suficiente para captar detalles así que tomó su celular, enfocó su cámara hacia la flor y cuando tuvo el ángulo preciso lo mantuvo tan firme en el aire como pudo mientras grababa la escena. No miraba a través de la cámara, por supuesto, eso sería algo estúpido, pero la filmación le serviría más adelante para ver los detalles que se le pudieran escapar a ojo limpio. Pasaron pocos segundos hasta que pudo oír claramente el zumbido constante y veloz de las alas del insecto. Si la vista no la engañaba, el pequeño animal quería alzar vuelo pero estaba pegado.

Bueno, al final no había tanto secreto Pensó. Es un mecanismo común. Ahora te vas a cerrar y vas a comer.

Ocurrió tal cual lo había previsto. Los pétalos se cerraron por turno. Primero los azules, luego los rosados y finalmente los naranjas, dejando otra vez a la vista el capullo blanco. Isabel sabía que una planta carnívora podía tardar hasta días en digerir un insecto. No habría nada interesante para ver por el momento. Detuvo la grabación, guardó el archivo, apagó la cámara y se fue a acostar pensando en si una planta con flor de ese tamaño podría sobrevivir con tan poco alimento.

En la mañana fue al mercado luego de desayunar. Había llovido por la noche y la humedad sumada al calor de un sol en todo su esplendor hacía el ambiente pesado y molesto. Hablaría con Denise y volvería a su casa pero primero le haría un regalo a esa generosa mujer: llevaba bajo el brazo un bonito mantel que ella misma había bordado (otro gusto heredado de mamá). No encontró el delicado y agradable puesto de flores y en su lugar habían instalado uno muy rústico y básico de venta de sahumerios. Consultó con algunos comerciantes y nadie supo decirle por

qué no se había presentado la mujer. Regresó con cierta decepción y lamentando no haberle pedido al menos su número de teléfono. Además Denise parecía no ser una persona muy popular, por extraño que le resultara esta idea, porque nadie podía darle información que le ayudara a contactarla. Volvería el sábado siguiente si no había otra opción.

De vuelta en su hogar y esta vez libre de cualquier trabajo de oficina fue a revisar a sus amigas en el invernadero. La temperatura y clima dentro eran más agradables. Fue hacia la Anmenita y la vio cerrada, como siempre, sin sorpresas. ¿Habría terminado de comer? Prestó atención a cualquier posible movimiento pero no notó nada. Abrió un pequeño gabinete de herramientas junto a la pared y se dedicó a recortar una enredadera y a colocarle nuevas guías. Terminó con eso y guardó los utensilios. Por el momento no había nada más que hacer.

La Anmenita la estaba mirando. Había girado su capullo hacia ella mientras guardaba las herramientas, estaba segura, porque cuando dio la espalda al gabinete tuvo a la flor apuntando en su dirección como nunca lo había hecho. La tenía a algunos metros pero dio un pequeño grito de susto. Luego se echó a reír hasta calmar sus súbitos nervios.

-¿Así que sos sensible también? ¿Qué te hizo girar, el movimiento, la luz? Me asustaste-hablaba a la flor con un tono de divertido reproche. Luego miró al cielo tras el ventanal y notó que una nube había ocultado casi todo el sol dejando sólo pasar un leve resplandor –Entiendo, seguís la luz como los girasoles. ¿Viste cómo voy aprendiendo de vos?

Sonrió una vez más y acarició el capullo blanco antes de dejar el invernadero. La nube siguió avanzando hasta volver gris todo el ambiente. Isabel cerró la puerta tras de sí. si hubiera vuelto a mirar a su Anmenita la habría notado girar de nuevo, observándola marcharse.

Instalada en su estudio decidió esta vez sí buscar algo más de información de su nueva flor en internet. No quería tener sorpresas desagradables. Más de una vez había visto morir plantas y flores de lo más preciadas por no hacer una consulta a tiempo. Le llevó varios minutos darse cuenta de que no le sería posible encontrar información. Sencillamente no había. *Imposible pensó. En Internet está todo. Así de simple.* Probó cambiando algunas letras del nombre o simplemente describiendo la flor y sus costumbres, pero no había respuestas. *Qué raro – ¿Qué otro nombre tenía? Porta. No, Portia. Portia camuflada. A ver qué encuentro.*

Tampoco encontró una planta con ese nombre, pero sí un animal: una variedad de araña que se alimentaba de otras arañas, algunas mucho más grandes que ella, y que poseía una inteligencia y astucia poco frecuentes. Tenía mucha paciencia, también, ya que podía acechar a una presa por horas permaneciendo completamente inmóvil o incluso haciendo movimientos casi mecánicos a intervalos regulares simulando ser una

rama mecida por el viento o algo similar ante las víctimas que no contaban con una buena visión. Era muy ágil, también, ya que podía calcular distancias y fuerza necesaria para un salto hacia su alimento con precisión milimétrica. Una verdadera maravilla. *Ah, o sea que Portia Camuflada es tu apodo. El resto de las plantas te deben tener miedo ¿No?*

Ya era demasiada internet por un día. Por más que por algunos minutos le seguía dando vueltas en la cabeza el hecho de no haber encontrado información sobre su planta, lo atribuyó a que pensar que en internet estaba todo era ni más ni menos que exagerar. Además era mejor así, podía estudiar su flor como si fuera una experta en botánica haciendo descubrimientos cada día. Se olvidó del problema en un instante.

Mientras tanto, en el fondo del invernadero la Anmenita, que había digerido y procesado la mosca de la noche anterior sólo en dos minutos y medio, extendía una raíz bajo la tierra a una velocidad impensable. La raíz llegó hasta una enredadera en unos cuantos segundos. Una vez allí comenzó a elevar su extremo con extremos cuidado y paciencia hasta asomarse apenas unos milímetros sobre la tierra húmeda. Le llevó más de treinta y cinco minutos hacer esto y era a propósito: no quería asustar a la tarántula que reposaba a unos cuantos centímetros de allí. Le tomó otra hora asomar hasta un centímetro sobre la superficie y una hora más encontrar el punto exacto para su ataque. Finalmente y con un movimiento asombrosamente veloz y preciso la raíz salió de su escondite subterráneo y se enredó en el abdomen de la araña, apresándola y ejerciendo presión hasta matarla. Arrastró el cadáver bajo la tierra hasta su tallo y lo elevó hasta el capullo abierto. Los pétalos se cerraron por turno y la Anmenita comenzó a comer. Cuando Isabel volvió al invernadero por la noche, vio que los pétalos de su Portia habían tomado un leve color rosado y que seis nuevas hojas crecían en su base. Notó al tacto que unos pequeñísimos filamentos se asomaban ahora por el tallo, cubriéndolo por completo. ¿Había crecido también? Sí, sin duda, la Anmenita era ahora más alta que antes, llegando casi a su altura y su capullo era más grande. Se asombró mucho y comenzó a tomar nota de sus pequeños descubrimientos en su cuaderno de jardinería. Había mucho más para observar, evidentemente. Iba a necesitar armarse de tiempo y paciencia para conocer más a su curiosa amiga.

4

El verano terminó sin que Isabel pudiera volver a ver a Denise para agradecerle su regalo. Tampoco había logrado obtener información sobre su flor, a la que ahora le dedicaba quizás demasiada atención, de ninguno de sus colegas aficionados ni expertos. No había nada en libros o revistas. Era como si realmente no existiera.

La Anmenita había cambiado mucho en esos meses. Sus ocho hojas se habían vuelto más delgadas y los puntos de colores habían desaparecido.

Los filamentos del tallo eran un poco más notables a simple vista y cubrían toda la planta. Los pétalos cerrados, antes immaculados y suaves, presentaban unas pequeñas protuberancias negruzcas y vidriosas, para nada agradables, justo en la punta del capullo. Isabel ya casi se había acostumbrado a ver cómo este capullo giraba junto con el tallo cuando ella pasaba junto a la flor, como siguiéndola. Entendió que la planta tenía una gran sensibilidad para captar movimiento. Después de todo, era la manera que tenía de reconocer cuando un insecto se posaba sobre ella. Había mantenido la costumbre de regarla una vez por semana y de anotar en su cuaderno cada cambio que notase. Había llenado muchas hojas, ciertamente.

Una noche de mayo Isabel fue al invernadero y notó que no lo había estado cuidando lo suficiente, por lo que ocupó varias horas en atender sus plantas. Llegó a la Anmenita recién después de estar segura de que no tenía nada más que hacer con el resto y lo primero que notó es la finísima línea roja que bajaba de la flor y recorría el tallo hasta el suelo. Era sangre y estaba fresca. No había duda de ello. Una pequeña punta gris asomaba de bajo una de las hojas. La levantó con cuidado: era una cola de rata. No necesitaba ser un genio para darse cuenta de lo que había ocurrido,. Quedó sin habla por un momento. Su garganta pareció haberse secado completamente. No sabía cómo reaccionar. Una planta que comía moscas era una cosa. Una que cazara ratones, algo muy diferente. Pero, un momento... ¿Estaba de verdad segura de lo que había pasado? Tranquilamente un gato podría haber ingresado al invernadero *¿con la puerta cerrada?* Cazado un ratón *¿en su invernadero?* Y haber manchado con sangre a la Anmenita *¿Sólo el tallo, en una línea perfecta desde un capullo que está a metro setenta de altura y hasta el suelo? Por favor, no seas idiota.* No pudo evitar un fuerte escalofrío. Era suficiente. Llevaba varios días pensando en deshacerse de ella. Su amor por las plantas ya había soportado bastante de ese ejemplar velludo, gigante, carnívoro, cambiante y poco amigable. Le había dedicado todo el tiempo del mundo sólo para verla hacerse grotesca con el paso de los días. No la entendía y culpa suya había dejado de lado el resto del invernadero. Pero no más. Ya no tenía más paciencia.

Fue hacia el gabinete, abrió la puerta, tomó una tijera pequeña y una pala y cayó al suelo golpeando su cara con fuerza. El golpe le partió la nariz y la hizo gritar como nunca en su vida. Su cerebro confundido tardó algunos segundos en descubrir lo que ocurría: la Anmenita la había tomado del tobillo derecho con una raíz gruesa y la arrastraba hacia ella mientras otra raíz comenzaba a enredarse en la otra pierna. Sintió cómo el tobillo comenzaba a ceder por la presión y el dolor se hizo casi insoportable, mientras la punta de la raíz comenzaba a desgarrarle la piel y los músculos, rompiendo tendones y huesos. La otra raíz había envuelto la pierna izquierda completamente y apretaba como una boa constrictora. Los huesos se rompían uno a uno e Isabel se sintió desvanecer. Quizás por un momento lo hizo, porque lo siguiente que vio fue la flor de la

Anmenita abierta frente a su rostro mientras una tercera raíz la sostenía de la cintura. Quería gritar y no podía. Sus cuerdas vocales estaban por alguna razón paralizadas. Los pétalos comenzaban a secretar ese líquido plateado viscoso y su rostro ensangrentado y algo entumecido se acercaba hacia él. El dolor de sus piernas pasó a un segundo plano mientras su cerebro aplicaba lo que le quedaba de conciencia y cordura a buscar una forma de escaparse. Algo de suerte había tenido, porque en la desesperación había apretado tanto la tijera en su mano derecha que aun la sostenía. Una raíz trepaba por ese brazo adivinando el peligro pero no llegó a tiempo. Isabel clavó la tijera en la flor. La estocada pasó muy cerca de su nariz pero dio en el blanco. Podía jurar que la flor había gritado un segundo antes de aflojar la presión y tirarla de espaldas al suelo. La muchacha no necesitaba intentar ponerse de pie para saber que no lo lograría. Un ardor comenzó a recorrerle todo el cuerpo y mientras giraba para apoyar su pecho contra la tierra vio pequeñas ampollas en sus brazos. Alzó la vista y la enfocó en la puerta del invernadero. Puso toda su atención en ella y cuando sintió que una raíz volvía a tocarle los pies sintió una explosión de adrenalina que la puso en movimiento.

5

María Del Rosario Sarletti tejía en el living de su casa mientras el televisor la acompañaba esa noche con un programa de entretenimientos de dudosa calidad. Junto a la ventana que daba al patio convergían el resplandor de una luna llena y la luz del velador de pie. De la misma forma parecieron unirse el grito de alegría de una concursante que acababa de ganarse un automóvil con un alarido apagado que llegaba desde afuera de la casa. María dejó de tejer, bajó el volumen del televisor al mínimo y se quedó muy quieta y atenta por algunos minutos. Un segundo alarido, esta vez muy agudo y extraño la espantó. Si bien no había llegado con fuerza, al igual que el primero, María se enorgullecía de tener un sentido del oído que con los años no sólo no se había estropeado sino que ella aseguraba que se había agudizado al máximo. Supo sin duda que los gritos provenían del patio de su vecina Isabel, una muchacha de lo más agradable que no pocas veces la había ayudado con algunos quehaceres de su casa cuando los huesos le recordaban que los años no habían pasado en vano y no había aceptado en retribución nunca nada más que una taza de té. ¿Si le estaba pasando algo? Mejor se aseguraba de que no hubiera problemas. Tomó el teléfono y llamó a la policía, explicó lo que ocurría y no tuvo reparos en brindar su nombre y domicilio. Unos cuántos minutos después recibió la visita de dos agentes que le hicieron unas preguntas al respecto del llamado, de su vecina y de las costumbres de ambas, asegurando que se habían acercado al domicilio y que no habían notado nada extraño, pero que podrían volver e intentar ingresar si la mujer estaba completamente segura de lo que había oído. Estaba segura de haber escuchado algo, pero no podía decir qué. El

primer sonido parecía un grito, pero al segundo no lo podía describir. Es cierto que tenía prendido el televisor y que los sonidos llegaron apagados, pero su oído era excelente y algo había escuchado, estaba segura. Tenían que ir a ver, ¡Tenían que ir! Los hombres se dedicaron una mirada cómplice, aseguraron a la mujer que se encargarían del asunto, se despidieron, volvieron a su móvil y se fueron del lugar. Habiendo cumplido con su obligación de buena vecina, María volvió a su programa de televisión y a su tejido, pero ya no estuvo calmada del todo hasta que fue a acostarse algunas horas después. Esa noche soñó con vidrios que estallaban y sombras que gritaban desde debajo de su cama.

La policía volvió al domicilio de Isabel algunos días después cuando se hizo formal una denuncia por su desaparición. Revisaron cada palmo del lugar sin encontrar rastros de la mujer. El invernadero era sólo un montón de plantas, algunas de las cuales se estaban secando por el otoño y una evidente falta de cuidado, entre las que destacaba una muy bella flor de tallo altísimo, dos hojas en su base y una red de raíces que se elevaban apenas sobre la superficie.

Mientras la investigación seguía otros rumbos, la Anmenita se alimentaba. Isabel yacía enterrada bajo las raíces mientras la planta no dejaba de crecer.

María Del Rosario murió un par de días después de la noche del llamado a la policía por causa de un paro cardíaco. Uno de sus hijos la encontró de espaldas en el piso del living junto a su mecedora, los ojos bien abiertos y un rictus de inmenso terror. El tubo del teléfono colgaba de una mesita ratona por encima de su brazo estirado.

Tejiendo y mirando televisión, como todas las noches de la última semana, María había escuchado un vidrio romperse en el patio de su querida vecina, desaparecida según los ineptos de la policía, y volviendo la vista al fondo de su propia y bajo el leve resplandor de la luna vio a una mujer de larga cabellera andando con paso inseguro y tambaleante. Sus piernas emitían un horrible crujido, su cuerpo entero parecía pintado de verde y si la vista no le fallaba sus brazos eran delgadas y espantosas ramas nervudas. Sintió una punzada en el pecho ante esa imagen imposible. Comenzaba a llover cuando la figura del patio giró y posó sus ojos en ella. María comenzó a incorporarse mientras la mujer se acercaba a su ventana. Una segunda punzada, mucho más profunda, la devolvió al asiento. La horrible figura llegó a apoyarse contra el vidrio con sus manos deformes y brotadas como una planta nefasta, la piel verde chorreando viscosidad, los ojos inyectados en sangre, implorantes y desesperados, la garganta intentando un gemido chirriante y doloroso. El mismo espanto liberó a María de su parálisis pero su vida estaba sentenciada. Cuando quiso pedir ayuda descolgó el teléfono y cayó, con los músculos tensos y

el pecho contraído, mirando por última vez el rostro de Isabel en la ventana.